

Walter Sunkel Wail, gran cirujano, maestro y excelente persona

Guillermo Piwonka C., Raúl Poblete S., Sergio Draper J.

En pleno periodo estival hemos quedado consternados al conocer la noticia de la brusca e inesperada partida del Dr. Walter Sunkel Wail víctima de una relativamente breve enfermedad cardiovascular.

El deseo de rendir un homenaje a un hombre que fue para nosotros, los que trabajamos con él, un amigo, compañero y un ejemplo como persona y cirujano, nos lleva a escribir estas líneas en su recuerdo ya que creemos ser probablemente quienes mejor podemos representar, en una u otra forma, a las incontables generaciones de discípulos que tuvo durante su vida y que, al igual que nosotros que le acompañamos a lo largo de los años, pudieron beneficiarse de sus enseñanzas y ejemplos al haber tenido el privilegio de trabajar junto a él durante muchos de los diversos periodos que caracterizaron su fructífera actividad quirúrgica.

Ante este hecho, no podemos menos que permitirnos hacer un alto en estos momentos en el tráfago de actividades que nos es tan propio para dar lugar a unos instantes de introspección y reflexión acerca de lo que un personaje de su talla pudo significar para muchos de los nuestros en su desempeño individual, tanto profesional como personal.

Don Walter, sureño de tomo y lomo, nace en Frutillar, el 8 de Octubre de 1920. Realizó sus estudios en la Deutsche Schule de Osorno y posteriormente en el Internado Nacional Barros Arana de Santiago. Impulsado por sus deseos estudia Medicina en la Universidad de Chile, recibiendo como Médico Cirujano en Noviembre de 1946 e iniciando su carrera de cirujano en las Cátedras de los Profesores Alessandrini, Martínez, De Amesti y Allamand en el Hospital del Salvador mientras, en forma paralela, trabaja en la Asistencia Pública de Santiago donde recorre todas las etapas ascendentes desde ser médico reemplazante, interino desde 1948 hasta 1956, ayudante primero hasta 1958 y Jefe de Turno, por concurso, hasta Marzo de 1960. En 1958 el Prof. Allamand, acompañado por un grupo de cirujanos de excelencia entre los que está el Dr. Walter Sunkel, se trasladan hacia el Hospital José Joaquín Aguirre donde se hará cargo de la Cátedra "A" de Cirugía. En esa Cátedra el Dr. Sunkel se desempeñó inicialmente como Profesor encargado de Curso y pronto escaló los diversos cargos del escalafón universitario hasta alcanzar el cargo de Profesor de Cirugía en el año 1971.

Durante el transcurso de su vida profesional, el Profesor Sunkel participó en numerosos cursos de perfeccionamiento tanto en Chile como en el extranjero, destacando entre los nacionales el Curso de Cirugía de Urgencia de la Asistencia Pública de Santiago, el Curso de Perfeccionamiento en Cardiología y Cirugía Cardiovascular de los Profesores Th. Holmes Sellors y B. Bridgen auspiciado por la Sociedad Chilena de Cardiología, el Curso de Cirugía Cardiovascular del Profesor Albanese de la Universidad de Buenos Aires, el Curso de

Fisiopatología Quirúrgica, el Curso de Perfeccionamiento en Hemodinamia, el Curso de Cardiopatías Congénitas y el Curso de Fisiopatología Respiratoria. En el extranjero deben destacarse entre otras actividades sus estadías en la Overholt Thoracic Clinic de Boston, Mass. U.S.A. en enero de 1952, el Curso de Cirugía Cardio-Pulmonar en la Universidad de Groningen, Holanda, en Julio de 1954, el Curso de Cirugía Cardíaca con el Profesor Clarence Crafoord, en Estocolmo, Suecia, en Septiembre y Octubre de 1954, la Beca de la Fundación Rockefeller para el estudio de Cirugía Cardíaca con circulación extracorpórea en la Universidad de Minneapolis, Min. U.S.A., en Septiembre de 1958, la Beca de la Fundación Rockefeller con los Profesores De Bakey y Cooley en la Baylor University, Houston, Tx. U.S.A., en Octubre y Noviembre de 1958, el Curso de Cirugía Cardíaca con el Prof. E. de J. Zerbini en la Universidad de Sao Paulo, Brasil, en Junio de 1965 y el Curso de Perfeccionamiento en Cirugía Cardíaca con el Prof. E. de J. Zerbini en la Universidad de Sao Paulo, Brasil, en Agosto de 1967.

Podemos señalar que conocimos al Dr. Sunkel por primera vez durante su permanencia en el Hospital José Joaquín Aguirre cuando llegó procedente del Hospital Salvador siguiendo los pasos del Profesor Juan Allamand Madaune, su indiscutible maestro hasta entonces. Fue allí donde trabajamos con él y el lugar donde nos enseñó. Su dedicación preferente en el campo quirúrgico era, y seguiría siendolo durante toda su vida la cirugía torácica, aunque en forma muy preferente la cirugía cardíaca. Allí formó parte y dirigió entusiastamente el equipo de cirugía cardíaca y torácica del Hospital Universitario contribuyendo poderosa-

mente al desarrollo de éstas disciplinas, al igual que lo hizo paralelamente también en el Hospital Roberto del Río, continuando después, y luego del advenimiento de la Reforma Universitaria a cargo de la cirugía cardíaca en forma exclusiva, tarea que se extiende hasta 1975 cuando, en compañía de algunos de nosotros, se traslada en comisión de servicios al Hospital Militar de Santiago a fin de organizar allí un Equipo de Cirugía Cardiovascular y Torácica. Este traslado probablemente resultó ser una consecuencia alejada de los cambios que se produjeron en la Universidad de Chile luego de la Reforma Universitaria y de los cambios políticos ocurridos en el país, hechos que necesariamente repercutieron negativamente en el trabajo del Hospital J.J. Aguirre e hicieron sobrevenir un largo período de indefinición, tanto acerca del destino del hospital, como en el de su persona como tal.

Una buena prueba de sus esfuerzos y dedicación permanente a la cirugía cardiovascular se hace ya evidente durante su permanencia en el Hospital del Salvador, donde en el Instituto de Cirugía del Prof. Allamand realizó cirugía experimental en perros, fundamentalmente en el uso de prótesis en el reemplazo de arterias y con la hipotermia moderada para abordar la corrección intracardiaca de algunas cardiopatías simples con detención circulatoria, labores que luego continuó desarrollando en el Hospital J. J. Aguirre donde su trabajo fue parte importante de una presentación realizada por éste grupo de cirujanos en 1966, donde daban cuenta de su experiencia en el manejo de 718 cardiopatías congénitas y adquiridas. Otra evidencia al respecto la encontramos en la elaboración de más de un centenar de tex-



tos científicos, publicaciones y/o presentaciones a Congresos y su activa participación en numerosas Sociedades Científicas nacionales y extranjeras. Se hizo merecedor al Premio Guenther de la Sociedad de Cirujanos de Chile por sus trabajos sobre Decorticación Pulmonar en el tratamiento del Hemotórax Organizado, y su dedicación a la cirugía de la aorta tuvo un merecido reconocimiento en el Premio Gandulfo de la Sociedad de Cirujanos de Chile por su trabajo sobre Aneurisma de la Aorta Torácica y su Tratamiento.

En 1980 dejó la Jefatura del Equipo de Cirugía Cardiovascular y Torácica del Hospital Militar pero continuó con su trabajo hospitalario hasta casi una década atrás cuando, aunque se acoge a retiro, permanece aún relacionado en forma permanente con la cirugía, la pasión de su vida, trabajando en el centro de salud de Capredena, hasta

pocos días antes de partir. Si bien en el cuarto menguante de su vida, y pese a su invariable lucidez había abandonado con pesar tanto su consulta privada como las responsabilidades quirúrgicas directas, accedió con entusiasmo, dedicación y voluntad a colaborar con algunos de quienes antes fuimos sus ayudantes en la ejecución de procedimientos quirúrgicos de todo tipo, tarea que infatigablemente realizó hasta fines del año pasado.

Habiendo sido sus discípulos más cercanos, y quienes probablemente mejor le conocimos como cirujano de excepción, podemos dar fe de su permanente sentido de la disciplina, su introspección, la seguridad con la que intervenía, la elegancia con la que operaba, su serenidad para enfrentar las situaciones difíciles y su constancia y empeño para enfrentar los problemas, solucionarlos y avanzar así en el camino que se había trazado, su férrea dedicación a todo aquello en lo que creía con firmeza, su dedicación total al trabajo en forma tal que a veces pudo ser considerada hasta como de exagerada, su conocimiento abrumador de la anatomía de todos los territorios del que pocas veces hizo gala en público, y su indiscutida disposición al estudio y la actualización profesional, virtudes a las que se unían un permanente sentimiento de humildad, que quizás pudo corresponder incluso a un cierto grado de timidez muy reprimida, junto a un particular y muy característico sentido del humor, extremadamente "alemán" y muy suyo, el que siempre exhibió y que no pocas veces pudo llevar a pensar a algunos que era de genio liviano, así como que su relación con otros cirujanos, becados, internos o alumnos, que menos le conocieron, pudiera ser considerada

en forma simplista como de amor o de odio.

Esta segunda alternativa nunca fue real y con certeza podemos dar fe de aquello ya que, aunque era más bien reservado en sus relaciones personales lo que pudiera llevar a considerarlo distante, sin embargo cuando uno lograba acercarse a su intimidad y se establecía una relación de amistad se revelaba como un hombre generoso y que compartía en profundidad ésta relación, gozándola plenamente. Esta era la generosidad y disciplina aprendida en el Colegio Alemán de Osorno y trabajar a su lado y compartir su amistad es una experiencia que perdurará en nosotros mientras vivamos. Sin embargo es probable que éste característico rasgo de personalidad suyo pudo pesar más de alguna vez en su contra, como probablemente ocurrió tiempo atrás cuando uno de nosotros, en el seno del Directorio de la Sociedad de Cirujanos sugirió que su nombre fuera considerado en vida, junto al de otro colega, como un eventual candidato para ser denominado Maestro de la Cirugía Chilena, sugerencia que en su caso específico el resto del Directorio lamentablemente entonces desechó dejando escapar una oportunidad ahora irreplicable de reconocerle sus sobrados méritos.

Como no recordar en éstos momentos las horas y horas entregadas por él, durante años, a la implementación de una cirugía cardíaca pionera en el Hospital J. J. Aguirre, la que sin duda lograba corregir la inmensa mayoría de los defectos cardíacos tanto adquiridos como congénitos y con bastante éxito dado el desconocimiento de diversos aspectos fundamentales, ahora claramente establecidos, y pese a la preca-

riedad de las técnicas de circulación extracorpórea disponibles en esa época. Sería mezquino no destacar ahora su sentido de responsabilidad así como el don de mando que permanentemente exhibió y de los que hizo gala, los que le permitieron realizar en forma plena las labores que le correspondían como cumplir con las tareas docentes, tanto de pregrado como de postgrado de su especialidad a becarios, internos y alumnos durante años, como además delegar sin sentimiento alguno de envidia ni celos la ejecución de los diversos procedimientos quirúrgicos, incluso los más complejos y exclusivos en ese entonces, en sus diferentes discípulos siempre que exhibieran en cada momento la preparación adecuada para realizar en la mejor forma posible las diversas técnicas entonces vigentes.

Como olvidar su entusiasmo permanente para acercarse al Servicio de Cirugía Infantil del Hospital Roberto del Río, dirigido en ese entonces por el Prof. Ernesto Prieto y coordinar con el caballeroso Dr. Alfredo Gantz, su amigo, una extensa y compleja programación para intentar la corrección de muy diversas cardiopatías congénitas sin circulación extracorpórea, realizando así el tratamiento cardiovascular de los niños que lo requerían, actividad que luego se realizaría alternativamente en uno u otro hospital dependiendo de la edad y patología, tratando así con visión de futuro las diversas cardiopatías congénitas, incluyendo aquéllas más complejas, tareas en la que le secundamos durante años tanto colaborando con él en la realización de los estudios preoperatorios invasivos, como realizando semana a semana reuniones con el grupo de cardiólogos infantiles de dicho

establecimiento y también asistiéndole en los pabellones del Roberto del Río cuando operaba los pacientes seleccionados y preparados previamente por el Dr. Gantz, quién por su parte muchas veces también se integraba lealmente a nuestro equipo visitante. Así el Dr. Sunkel realizó parte importante de todas las intervenciones cardíacas realizadas en ese establecimiento. Esta actividad pionera la mantuvo vigente durante años, proporcionando enorme satisfacción a sus actores, aunque con el transcurso del tiempo algunos debimos reemplazarlo en forma paulatina y, luego, uno de nosotros le sucedería en forma definitiva en esas tareas.

No olvidamos tampoco su permanente disposición a concurrir sin tardanza a diversos Servicios Asistenciales y Clínicas privadas de la capital, donde frecuentemente era requerido con extrema urgencia y en cualquier momento del día o de la noche, dada su conocida experticia en el manejo de las obstrucciones arteriales agudas y de los aneurismas rotos o complicados. Unos y otros muchas veces le acompañamos durante estas agotadoras y largas jornadas, la mayoría de las veces nocturnas, en diversos Servicios de Urgencia de Santiago intentando rescatar pacientes gravemente enfermos y víctimas de estas condiciones. Ciertamente muchas enseñanzas recibimos de parte suya durante esas verdaderas maratones quirúrgicas, y sólo nosotros podemos dar cuenta acerca de cuanto nos han servido éstas después. Como no admirar entonces su innata capacidad para operar como cirujano ambidextro, pese a no ser zurdo y, además, dotado de una habilidad increíble que le permitía realizar sin dificultad alguna suturas arteriales en los lu-

gares más difíciles, instalar sin la menor dificultad puntos en uno y otro sentido utilizando la misma mano e, incluso cuando, para colocar algunos puntos que resultarían particularmente difíciles aún para cualquier cirujano hábil, utilizando alternativamente el porta agujas colocándolo en un sentido inverso al usual, esto es con su extremo dirigido hacia su codo, cosa que hasta el momento no hemos visto hacer a otros. Como no recordar asimismo que, al día siguiente, retornaba al Servicio como si nada hubiera sucedido y nunca dejó de asistir a su trabajo hospitalario pretextando haber trabajado en forma extraordinaria durante la noche, a diferencia de lo que con inquietante frecuencia es posible percibir hoy en espíritus más débiles. No sólo diversos centros hospitalarios de Santiago se beneficiaron con su preparación y buena voluntad, sino también otros de provincias que requerían sus servicios en forma más electiva para solucionar diversos problemas cardiovasculares y torácicos.

Al margen de su actividad hospitalaria relativamente conocida y de las que muchos todavía pueden dar cuenta, siempre cultivó y mantuvo en forma paralela una actividad quirúrgica privada, moderada pero constante, en la que incluía el amplio campo de la cirugía general tal como entonces se la entendía. A ésta actividad también incorporó en una u otra forma y por períodos variables a aquéllos que fuimos sus discípulos, quiénes tuvimos la oportunidad de ser testigos de su extraordinaria habilidad manual para resolver con maestría, y obteniendo resultados casi siempre exitosos, las situaciones más inverosímiles que ahora puedan concebirse, ya que ésta en su práctica habitual incluía no sólo la mayoría de las intervenciones torácicas y abdo-

minales usuales sino también prácticamente todas las intervenciones cardiovasculares susceptibles de ser realizadas en esos momentos en las clínicas privadas, sin el apoyo de una circulación extracorpórea. Allí también pudimos apreciar, y en forma probablemente mucho más directa, su entrega, bonhomía y dedicación a sus pacientes, los que en verdad le apreciaban. En éste aspecto, cabe recordar también que el Dr. Sunkel fue además socio fundador y miembro del Directorio de la Clínica Santiago, institución que en varias oportunidades durante su vida activa controló en forma directa como Director y Gerente General y siempre fue motivo de orgullo para él haber contribuido a formarla y hacer de ella en su momento un centro de excelencia.

Otro aspecto fundamental de su personalidad, y que por sus características probablemente es absolutamente desconocido para la mayoría, fue su sentido de lealtad, camaradería, solidaridad y su disposición permanente a apoyar en forma irrenunciable a sus ayudantes tanto en la ejecución de las tareas que él les encomendaba como en las actividades que éstos desarrollaban en forma independiente y de las que, aunque sin interferirlas en absoluto, parecía sentirse casi responsable. Por ello casi nunca dejó de omitir una pública observación juiciosa, un ofrecimiento desinteresado de ayuda o un consejo cuando ello le parecía útil o prudente y nunca estuvo ausente la expresión pública de una felicitación proporcionada, como tampoco ausente en otras oportunidades una muy privada recomendación, desde luego que muy atingente. A la inversa de lo que ciertos cirujanos hoy estilán y practican, en los años que le conocimos nunca entendió, quiso, o aceptó como conducta usual la

descalificación de sus colegas ni de sus resultados, y nos consta que jamás permitió comentarios malévolos o tendenciosos entre quienes trabajaron a su alero. Incluso en una oportunidad durante una de nuestras largas jornadas quirúrgicas, debemos confesar que con cierto grado de infantilismo intentamos provocarlo al respecto insinuando veladas críticas cruzadas entre dos de nosotros con el objeto específico de evaluar su reacción. De inmediato detuvo su trabajo, suspiró muy profundo como solía hacerlo y cambió violentamente el tema que se hablaba previamente, dejándonos así muy en claro que las materias frívolas como éstas eran por completo ajenas a su personalidad.

Imposible olvidar su entusiasmo en las reuniones de camaradería con su equipo de trabajo, cuando las actividades lo permitían, y donde hacía gala de un excelente humor y memoria al relatarnos con humildad como habían sido sus comienzos en la cirugía cardíaca en el Hospital Salvador, al explicarnos como realizaban experimentalmente allí la hipotermia en perros hasta que llegaron a diseñar un esquema aplicable en humanos y el que les permitió realizar alguna cirugía cardíaca breve con paro circulatorio total, al darnos cuenta de los primeros casos clínicos sometidos a ésta técnica y de sus resultados, de las primeras cirugías digitales de las estenosis mitrales y sus resultados, de cómo se le ocurrió utilizar un trozo de una prenda de nylon, traída por su madre en un viaje ya que dicho material era inexistente en el país, para confeccionar manualmente la primera prótesis artificial que se implantó en Chile, la que esterilizó, implantó y funcionó exitosamente, del primer aneurisma aórtico abdominal roto que le fue posible operar con sobrevi-

va y el que hidalgamente reconocía que correspondió al segundo intento realizado en el país, entre muchos otros temas difíciles de resumir. Por esas cosas del destino, aún conservamos en nuestro poder parte de sus diapositivas originales con algunas de éstas técnicas que, aunque algo descoloridas por el paso del tiempo, dicen relación con estas proezas quirúrgicas narradas con sencillez por su protagonista.

Don Walter se casó con María Cristina, originando una familia de 2 hijos y 5 nietos que constituían su orgullo y completaban lo que todos desean en su vida.

Finalmente, y aunque todos creemos que la vida debe ser eterna, nos enfrentamos necesariamente con la muerte, y ésta Don Walter la enfrentó con la misma serenidad y la misma tranquilidad con la que siempre supo enfrentar a tantos enfermos mientras contribuía tan poderosamente al desarrollo de la cirugía cardíaca.

Don Walter ha muerto y descansa en Frutillar, viendo eternamente el Lago Llanquihue y el Volcán Osorno.

Este es un pequeño homenaje de quienes fuimos sus amigos, trabajamos con él y fuimos sus discípulos de varias generaciones.